

V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe, 2004.

Cuerpo y Prácticas Sociales. La Expansión del Uso de Drogas.

Víctor Hugo Venegas Giacomozzi.

Cita:

Víctor Hugo Venegas Giacomozzi (2004). *Cuerpo y Prácticas Sociales. La Expansión del Uso de Drogas. V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/v.congreso.chileno.de.antropologia/137>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evNx/URy>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Cuerpo y Prácticas Sociales.

La Expansión del Uso de Drogas

Víctor Hugo Venegas Giacomozzi*

Resumen

La ponencia propone observar la práctica del consumo de drogas y su relación con estilos de vida, a partir de varias referencias en los cuales el cuerpo, más bien las imposiciones de ciertas uniformidades de normas que se pueden rastrear desde por ejemplo el discurso publicitario, han contribuido a la expansión del consumo de drogas. Los discursos de la salud, el de la juventud y el deporte ejercen una regulación moral sobre los cuerpos. Los cuerpos son la medida y el destino del consumo. Los productos de tercera generación, la industria dedicada al cuerpo, a uno-mismo reflejan la obsesión, la del narcótico/Narciso, en busca del *farmakon* remedio / veneno. La ponencia tratará de ampliar la mirada respecto al uso de drogas como parte de la raíz social de la incertidumbre.

Introducción

Aun cuando los procedimientos de investigación se han ido refinando y gozan de precisión, la estadística no puede extraer de un problema más que cifras, muchas veces ni siquiera alcanza a tocar el problema en su estrato más profundo, esto es particularmente cierto en el llamado problema de las drogas.

Si tomamos como ejemplo al tabaco, uno de los grandes regalos de América a Europa, se han logrado cifras bastante exactas sobre la relación que existe entre la nicotina y una serie de enfermedades. Tales datos pertenecen al ámbito de la medicina y de la economía; sin embargo, para concederles valor es necesario haber ya aceptado el concepto de "utilidad", en virtud del cual se han reunido. En este caso la utilidad es de naturaleza higiénica. Pero desde otra perspectiva, fumar podría entrañar cierta ganancia: ya la palabra "disfrute" lo sugiere. Se podría pensar en la placidez que infunde a la conversación, en como abrevia una hora tediosa o como aligera una hora triste, en como propicia una asociación, en un instante de dicha, simplemente. Toda concentración, pero también toda disipación, tienen que ser pagadas. ¿El disfrute compensa el gasto? Aquí radica el pro-

blema, y la estadística sólo puede proporcionar datos. Se le plantea a todo fumador ante cada cigarrillo.

Las investigaciones, fundamentalmente a través de encuestas y de análisis estadísticos, realizadas de manera más o menos periódicas para ir testeando la situación de las drogas y factores asociados, sólo corroboran un hecho conocido desde hace bastante tiempo: las drogas son peligrosas, su consumo se expande en la población, el prohibicionismo no ha dado resultado y al contrario a terminado creando más riesgos en el consumidor de drogas. Quién consume drogas corre un riesgo, tanto más grave cuanto menos lo calcula. A este respecto, cuando se trata de comparar ganancias y pérdidas, el método estadístico tiene naturalmente su valor.

El trabajo que a continuación se presenta se funda en los siguientes supuestos: 1) Todo objeto de estudio se constituye como realidad del método y del poder. Así el programa prohibicionista del consumo de drogas se sustenta en una forma de observación clásica y lineal, se reduce el fenómeno a los datos que arrojan las encuestas. Estas finalmente determinan la forma del fenómeno, oscureciendo la complejidad de este. 2) El uso de drogas es una práctica social/corporal que se ha extendido y se constituye en una verdadera "prótesis", en una "tecnología del yo" que colabora con el funcionamiento social de los sujetos. En ese sentido estudiar el consumo de drogas significa diagnosticar al hombre "normal" y adaptado a la sociedad actual. Es la sociedad la que funciona mal y los individuos normales son los que recurren a la droga, en consecuencia la sociedad y la droga se complementan en detrimento del individuo. 3) La publicidad al irradiar un discurso sobre el cuerpo define una imagen del cuerpo que se transforma en el objetivo a lograr, promueve prácticas y valores que se encarnan en los sujetos; 4) La publicidad al promover una imagen de cuerpo deseado/exigido genera expectativas de cambio en nuestro cuerpo y en nuestra imagen, en nuestras formas de actuar y de sentir en función del modelo, reforzando la conducta de automedicación y la

* Universidad de Los Lagos, venegas@ulagos.cl

práctica del uso de drogas. La que es promovida por la misma publicidad.

La publicidad es el espejo en el cual podemos observar fragmentos del discurso del cuerpo como un discurso del poder. Queremos dejar en claro, que no tiene ningún sentido atribuir a la publicidad la responsabilidad por algunos de los problemas de nuestra civilización, en efecto, como lo señala Morin “es fútil atribuir a la publicidad una especie de existencia demiúrgica y una responsabilidad cuasipenal. Es fútil imaginar que la publicidad pueda condicionar a una civilización, siendo así que es mucho más probable que la publicidad sea condicionada por la civilización. Pero, en todo caso, es profundo sentir, taimados y escondidos bajo la publicidad, algunos problemas terribles de la civilización”.¹

En este trabajo se asume que el uso de drogas por parte del individuo adulto corresponde a un derecho. Un derecho ético, en el sentido que le da Foucault² a la ética como la práctica reflexiva de la libertad, derecho a la elección del consumo de cierto tipo de drogas con fines “recreativos”, “introspectivos” u otros, sin las restricciones impuestas hasta ahora por unos códigos que confunden, por ejemplo, la criminalidad con la búsqueda del placer. Que la penalización abierta o encubierta del consumo, es decir, la posibilidad/imposibilidad de los sujetos de usar su cuerpo, generan intervenciones del estado que coartan las llamadas libertades individuales, desconociendo variables culturales y la función social de la droga; esto provoca la patologización del consumidor sobre la base de la binariedad salud/enfermedad y termina patologizando lo normal y normalizando lo patológico.

Sin duda, el tema de las drogas resulta ser a todas luces un tema de nuestro tiempo. Es un tema transversal, nos traslada bruscamente de lo estrictamente personal hasta lo global, invade todos los campos y pone todo en tela de juicio. Todo en este tema resulta divergente desde la producción hasta el consumo, por ejemplo, las lecturas catastrofistas, de alienación, de epidemia o pandemia, por un lado, hasta la relativización absoluta de sus daños y la consideración de que es parte de la voluntad de experimentación innata del hombre moderno, en el otro extremo.

Hoy más que nunca convivimos con la droga, estas han llegado para quedarse, y debemos vivir con ella sin alarmarnos ya que es una práctica cada día más familiar. Las drogas, en palabras de Baudelaire, esos “paraísos artificiales”, o en palabras de Freud, los “quitapenas”, verdaderos éxtasis de bolsillo han ido perdiendo ese encanto fatal de los frutos prohibidos y se han ido convir-

tiendo en los juguetes de una recreación manejable, con la cual el individuo lleva adelante su vida.

El fenómeno del uso de drogas en sí mismo no representa ninguna novedad en la historia de la humanidad, pues todas las sociedades humanas han conocido y utilizado distintos productos para alterar su estado de ánimo, para acceder a algunas formas de conocimiento, para estimularse, sedarse, sentirse bien, embriagarse.

El uso de drogas como práctica universal puede estar relacionada con muchos aspectos de la vida cotidiana. Entre estos aspectos se pueden destacar “la automedicación en el contexto de la autoatención en salud”³. Todas estas prácticas: uso de drogas, automedicación y autoatención son elementos estructurales, universales del comportamiento humano. En relación a lo anterior y teniendo a la vista las sociedades urbanas industriales contemporáneas, Romaní, señala que a pesar que en estas sociedades las drogas como tal han adquirido una entidad muy específica, desconocida en las sociedades anteriores y con una función que no se puede asociar sistemáticamente a los aspectos destacados anteriormente, es posible encontrar muchos casos de consumos de drogas que responden a una función de automedicación.

Las drogas, que siempre han existido en la historia del hombre, de alguna forma no precisada han cambiado su función social, desde un uso ritual antiquísimo, justificado inmanentemente - se la usaba para trascender la realidad banal de los hombres y acceder a la divina, a la de la magia y la curación - que socialmente sancionado y estructurado abría a los hombres las puertas de lo trascendente, a una situación en la cual las drogas tienen una finalidad inherente - todo lo que se obtiene con ellas es la sensación de su efecto, la vivencia de la alteración, de la alteridad en la mismidad, en este sentido Baudrillard (2000) se pregunta “¿Qué ocurre en ese viaje? La droga es un viaje psicodramático, si se puede decir así, es el psicodrama del viaje; y éste tampoco es ya excéntrico, exótico; no conoce otro, está completamente entero. Es el viaje que hace implosión hasta el último punto, involuciona sobre sí mismo, se recorre a sí mismo y la órbita se limita estrechamente a la cabeza, al cerebro o al cuerpo del drogado. En realidad, este viaje vive sólo de la alteración de uno mismo. No existe el otro, no hay más que una suma de alteraciones interiores o de alteridades interiores extremas, vitales, donde el sujeto no se puede separar de su propia vida; al contrario involuciona completamente y se somete a su propio psicodrama”.⁴

Desde una perspectiva temporal, es sólo en los últimos 30 años que esta situación ha adquirido relevancia producto de la masividad del fenómeno y en algunos casos las consecuencias negativas que ha tenido. En los años 60' y 70', el consumo cumplía una función social de contenido colectivo, vinculada a los procesos de introspección, superación del espíritu y desarrollos de estado de sensibilidad y meditación. A partir de los años ochenta esta imagen se transforma y aparece una visión más individualista y hedonista de la vida; lo que importa es disfrutar el momento, el goce propio. Junto con ello el consumo es estigmatizado⁵. Es probable que la disolución de las grandes ideologías integradoras y la expansión tecnológica y comunicacional que generan un fenómeno de fragmentación social -que implican una multiplicidad de realidades-, junto al proceso de liberación del inconsciente propuesto por el discurso post-estructuralista, sean elementos que actúen como explicativos de los fenómenos asociados al consumo de las drogas.

La presencia de enfoques alternativos a la concepción abstencionista y de "guerra contra las drogas", específicamente, el enfoque de "reducción de daños" o interpretaciones histórico culturales del fenómeno, han abierto nuevas reflexiones y posibilidades de análisis, con implicancias sociopolíticas importantes, que contribuyen a fortalecer perspectivas que potencian una visión crítica al enfoque hegemónico que impera, mirada sostenida y liderada por Estados Unidos.

En lo que respecta a nuestro país, el uso de sustancias ha ido adquiriendo nuevos y complejos patrones que ponen en cuestionamiento las lógicas interpretativas (etiológicas) tradicionales y exigen, consecuentemente, el diseño de nuevas respuestas. Desde la mirada del enfoque "reducción de daños", probablemente, el aporte más significativo es introducir la dimensión de los derechos humanos – en su más amplia acepción -, a la problemática del consumo de drogas, asumiendo que, más allá de la condición de "drogadicto", el usuario de drogas es ante todo una persona que tiene derecho a mejorar su calidad de vida y a resguardar la dimensión básica de la seguridad: su vida.

¿Qué es una droga?

Las investigaciones actuales en farmacología contribuyen a reforzar un marco de pensamiento en el interior del cual la diferencia entre las drogas y los medicamentos se desdibuja. Al reconocer una intención razonable en el gesto de automedicarse para modificar la sensibilidad

del cuerpo. El usuario de drogas deja de aparecer como un inmaduro que hace una regresión y se conduce de manera irracional para presentarse como un adulto que identifica un malestar, elige un remedio específico, se atiende y no hace sino anticipar al médico con un producto. El problema es que en nuestros "Estados Terapéuticos" el monopolio de las drogas es médico.

La gente enfrenta la intensidad con calmantes, la conflictualidad con estimulantes y la frustración con hipnóticos evasores. Las tres soluciones recurren a las drogas médicas y no-médicas, legales e ilegales, combinadas y simultáneas, porque los tres estados de ánimo aparecen a menudo en un mismo día. La droga garantiza mantener a la gente atenta, obediente, gustosa, despolitizada y consistente, es decir, funcionando. Permite a cada uno, respectivamente, resignarse, despersonalizarse, soportar, competir o acelerar su salida del escenario social.

En la época de la robótica, las biotecnologías y las fibras sintéticas, los fármacos, el alcohol, el tabaco, el café y los estupefacientes proporcionan al hombre la posibilidad de vivir artificialmente con el apoyo y la colaboración del complejo cultural de la droga.

El concepto de droga o tóxico se acerca a la definición griega de *Pharmakon*. J. Derrida ha propuesto un análisis de las características de este *Pharmakon*: se inspira en el *Fedro* de Platón. Este compara el medicamento con la escritura. Escritura y tóxico son las dos figuras de suplemento y de suplencia del *Pharmakon*. En la "Farmacia de Platón", representan dos medicinas oculatas que transgreden las leyes de los dioses. Inventan filtros y trazos que son ora remedios, ora venenos. Estos dos procedimientos artificiales fabrican excesos en el cuerpo del discurso y en el cuerpo de los órganos: magia de las letras y de los filtros que secretan cuerpos extraños. Ambos posee una "estructura de ambigüedad y de reversibilidad".⁶ El *Pharmakon* sería lo que encierra en sí mismo a su propio contrario, "lo propio del *Pharmakon* consiste en cierta inconsistencia, cierta impropiedad, y de que esa no-identidad consigo le permite siempre estar vuelto contra sí mismo".⁷ Lo tóxico se convierte en delicioso y deseable. Esta ambigüedad del *Pharmakon* nos aleja de un pensamiento de la droga como flagelo. Finalmente es el acto de la prescripción médica el que otorga la identidad al *Pharmakon*, marca la diferencia entre veneno y remedio.

Si las drogas son poseedoras de una estructura dual, que las hace ser al mismo tiempo remedio y veneno, es preciso tener en cuenta: a) dosis personal, b) circunstancias de consumo; c) grados de pureza; d) condicio-

nes de acceso a la sustancia, e) pautas culturales de uso. Si bien este último punto es de carácter estrictamente extrafarmacológico, tiene en la actualidad un peso comparable a las causas farmacológicas; y es en definitiva el aspecto que más nos interesa.

La acción de las drogas es, desde luego, una experiencia que es preciso individualizar: la psique, tal como lo explican los psicoanalistas, emerge en cada caso como una experiencia tapizada de demandas insaciables. Ya Baudelaire, a propósito del opio, en "Paraísos Artificiales", advertía, que su acción producía ensoñaciones diferentes tanto en un carnicero como en un poeta.

Las drogas junto a la religión constituyen una de las más poderosas construcciones de la cultura. En sí mismas no son materia que pueda ser juzgada, forman parte, al lado de la música o de las siete maravillas del mundo, del patrimonio de la humanidad, son el resultado de notables esfuerzos intelectuales en el campo de la química. Nadie ni siquiera quienes sostienen la cruzada moral contra las drogas, han podido demostrar que estas en sí mismas sean peligrosas. Sin embargo, en un tiempo relativamente corto, la prohibición de las drogas ha terminado convirtiéndolas en un referente laberíntico y diabólico, rico en violencias y desgracias personales.

Cuerpos vacíos y cuerpos llenos

El antiguo dualismo mente/cuerpo se ha convertido, de acuerdo a lo planteado por Le Bretón⁸, en el moderno dualismo: yo y mi cuerpo, hombre/cuerpo. Éste se convierte en un objeto distinto de sí. Es posible rastrear el dualismo propio de la representación moderna del cuerpo en las prácticas dietéticas, deportivas y cosméticas de moda, en la sobreoferta de gimnasios y estéticas presentes en las ciudades, pues a través de éstas, el sujeto procura darse una forma como si fuese otro, convirtiendo su cuerpo en un objeto al que hay que moldear. El cuerpo es hoy un alter ego, un doble, un otro yo mismo, pero a disposición de todas las modificaciones, prueba radical y modulable de la existencia personal y visualización de una identidad escogida provisional o permanentemente. La cirugía estética o plástica modifica las formas corporales o el sexo, las hormonas o la dietética aumentan la masa muscular, los regímenes alimenticios mantienen la silueta, las perforaciones o tatuajes eximen los signos de identidad sobre o en la piel. Todas estas gestiones aíslan el cuerpo como una materia aparte que da un estado de sujeto. El cuerpo es el soporte de geometría variable de una identidad escogida y siempre revocable, una proclamación momentánea de sí mismo.

Si no se puede cambiar estas condiciones de existencia, se puede por lo menos cambiar el cuerpo de múltiples maneras. El cuerpo se ha vuelto la prótesis de un "Yo" eternamente en busca de una encarnación provisoria para asegurar una huella significativa de sí mismo. Multiplicación de puestas en escena para dar sobresentido a su presencia en el mundo, tarea imposible que exige constantemente poner el cuerpo en una carrera sin fin para adherir a sí mismo, una identidad efímera pero esencial para sí y para un momento del ambiente social. Para formar plenamente parte de la existencia, se multiplican los signos de su existencia de manera visible sobre el cuerpo.

Desde una perspectiva corporal en la época actual vivimos una paradoja de control y consumo hacia el cuerpo. La regulación a la que está sometida el cuerpo es en nuestras sociedades la de una sociedad de consumo, se nos incita a consumir: alimentación, sexualidad, cuidado estético, ejercicio físico y por supuesto drogas pero en estas mismas áreas también es posible ver el control del consumo y su vigilancia. Estas áreas son promovidas por los medios a través de la publicidad. Los medios son extensiones de nuestros sentidos y de nuestras funciones, los cuales modifican y con frecuencia perturban, nuestras relaciones con el mundo circundante (McLuhan, 1987). No se puede ignorar que los medios de comunicación han transformado radicalmente nuestra cultura. Según la dramática fórmula de McLuhan, el médium es el mensaje. Y el consumo de drogas viaja por éstos.

La publicidad promueve y amplifica el deseo, este rasgo que es propio de la sociedad consumista y del modo de producción capitalista en su fase actual, funciona con la mecánica de la producción de placeres por el proceso de mercantilización y por el circuito del consumo. Así el régimen de los cuerpos no está ya más fundado en un principio de restricción ascética sino, como lo señala Turner (1989), en el cálculo hedonista. El ascetismo ha sido transformado en prácticas que promueven al cuerpo en aras del sensualismo comercial. La publicidad enarbola los principios de una nueva ética que define al envejecimiento, la obesidad y la falta de adecuación al modelo de cuerpo ideal a imitar como verdaderos pecados de la carne. Sin embargo, los placeres del cuerpo nunca son plenamente incorporados por el consumismo, ya que las crisis económicas del capitalismo produce el problema de que el ciclo de los negocios expande de manera constante las expectativas de placer, las cuales no pueden nunca satisfacerse ya sea continua o universalmente, es decir, la capacidad de consumo no se expande en la misma proporción en que crece la amplia

variedad de placeres humanos. Esto genera insatisfacción y desilusión generalizada creando una brecha entre la expectativa y el consumo que se constituye en un foco de desequilibrio social. Es ahí donde entra el discurso de la salud como un mecanismo de regulación moral de los cuerpos para enfrentar la disyunción radical entre producción y deseo.

El cuerpo y la droga son vistas como mercancías que en medio de la cotidianeidad de nuestra cultura planetaria en la "aldea global" han puesto en evidencia, de que la "capacidad humana para el comportamiento obsesivo y la adicción ha celebrado unas bodas satánicas con la farmacología moderna, el marketing y los transportes de alta velocidad".⁹

La naturaleza del deseo es ser insaciable. La droga en tanto se configura como deseo, está más allá de la demanda y más acá del goce; desde esta perspectiva - del deseo como esencia del hombre, al decir de Spinoza- el individuo en tanto consumidor, deja de desear justo en el momento del goce ... o de la muerte, el goce a diferencia de la muerte física instantánea, es una muerte en suspenso, como una muerte en miniatura: el arponazo, te instala en un universo de apertura, que es a todas luces demasiado. Lo máximo.

El goce es ese flechazo que estalla en el cerebro, traduciéndose en una mueca de gloria y bienaventuranza. Drogarse equivale al momento en que la demanda y el deseo coinciden, abriendo paso a una experiencia fugaz como un relámpago, en medio de una noche despejada.

Lacan señala que toda demanda es en el fondo una demanda de amor. La demanda pide al otro lo que el otro no tiene y el amor es dar al otro lo que a uno le falta: el deseo es la respuesta a la demanda de amor. Es en el espacio de la demanda que las drogas tienen cabida; el sujeto exige de las drogas lo que la sociedad le niega: sus intereses individuales no corresponden con el proyecto cultural de una sociedad esencialmente restrictiva, en donde predominan los "paraísos artificiales del consenso" y el "imperio de lo efímero".

Bueno, se nos preguntará, ¿Cuales son esos intereses, cuales son esas exigencias tan particulares que alejan al hombre que se droga de los demás mortales? ¿Qué esperan de la vida? Aristóteles diría: aspiran a la felicidad; desean ser enteramente felices; menos que eso: sólo un instante de plenitud; afinidad instantánea entre el objeto y el deseo. Exentos de felicidad, los consumidores buscan en el goce la euforia que demanda el encender un fuego en la hoguera y el temor de que la llama se extinga.

En este orden, tal como lo apunta Lacan, el amor es una demanda insatisfecha. Y lo es no por el prurito del simple desamor, sino, como consecuencia de un problema más profundo que tiene que ver con el fenómeno de la decadencia moderna, al igual que muchas otras herencias culturales, el amor es signo inequívoco del ocaso de la noción de hombre en tanto persona. La ambivalencia de lo que Octavio Paz atinadamente ha llamado "mito central de Occidente": de un lado exalta el amor y del otro lo condena como pasión antisocial.

En el texto "El amor y Occidente" (1979) a propósito de Tristán e Isolda, el autor escribe: "Estos no se aman. Ellos mismos lo han dicho y todo lo confirma. Lo que aman es el amor, el hecho mismo de amar. Y actúan como si hubiesen comprendido que todo lo que se opone al amor lo preserva y lo consagra en su corazón, para exaltarlo hasta el infinito en el instante del obstáculo absoluto, que es la muerte"

Igual sucede con las drogas: el problema no radica tanto en su consumo, que al igual que en el amor alude a un problema enteramente individual, sino en su prohibición: es paradójicamente, en el espacio de la interdicción donde el consumo se transforma en diosa coronada. El consumo deviene en colapso social, en muerte: el éxtasis se desborda. Lo que debiera ser goce individual se metamorfosea en caos social. Los demonios abandonan el espejo.

El problema de la felicidad es un asunto estrictamente individual; en ella se esconde la soledad irreparable de los hombres contemporáneos, quienes al igual que Eco, muerta prematuramente por la pasión de Narciso, repiten en cada dosis, una demanda de amor, que es una súplica; a través de las venas circula el desdén de la demanda insatisfecha: dios transformado en sustancia tóxica.. Cito a The Doors "Ya no hay tiempo para dudar, ni para estancarnos en el lodo. Inténtalo ahora, sólo podemos perder. Y convertir nuestro amor en una pira funeraria" *Light my fire*.

Con harta frecuencia, las personas se ven hoy como individuos aislados, totalmente independientes de los demás. Perseguir los intereses propios, entendidos aisladamente, parece por tanto lo más sensato que puede hacerse. Se presenta entonces, como la principal tarea de la vida, la búsqueda de una especie de sentido para uno solo, un sentido que es independiente de los demás. "Nada tiene de particular que, en la búsqueda de ese sentido, a la gente le parezca absurda su existencia" (Elías, 1982:45).

Agradecimientos

Este trabajo se ha beneficiado con los aportes del proyecto Interno N° 00404, adjudicado en el Concurso de Proyectos Internos de Investigación en Ciencia y Tecnología 2004 de la Dirección de Investigación de la Universidad de Los Lagos.

Notas

- ¹ Morin, Edgar, 1995, p. 269.
- ² Michel Foucault, 1994, pp. 110-111.
- ³ Oriol Romani, "Etnografía y drogas: Discursos y prácticas" en Nueva Antropología N° 52-53 Revista de Cs. Sociales Numero especial, COLMEX-UAM-Iztapalapa, Grupo Cultural S.A de CV, México, 1997, p.40.
- ⁴ Jean Baudrillard y Marc Guillaume, Figuras de la alteridad, Taurus, México, 2000, p. 56.
- ⁵ Iván de Rementería, "Economía política de las drogas en la década de los noventa: notas de síntesis" en Las Grietas de las drogas, CEPAL, Santiago de Chile, 1997.
- ⁶ Jacques Derrida, "La farmacia de Platón" en La Diseminación, Editorial Fundamentos, Madrid, 1975, p. 168.
- ⁷ Derrida, J., 1975, p. 179.
- ⁸ David Le bretón (1995), Antropología del cuerpo y modernidad, Nueva Visión, Buenos Aires.
- ⁹ Terence McKenna, El manjar de los dioses, Editorial Paidós, Barcelona, 1992, p. 15.

Bibliografía

BAUDRILLARD, J. y M. GUILLAUME, 2000. *Figuras de la alteridad*. Taurus, México.

- DERRIDA, J., 1975. *La Diseminación*. Editorial Fundamentos, Madrid.
- ELIAS, N., 1982. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. F.C.E, Madrid.
- FERICGLA, J., 1999. *Los enteógenos y la ciencia. Nuevas aportaciones científicas al estudio de las drogas*. Editorial Los libros de la liebre de marzo, Barcelona.
- FISHER, S. y S. CLEVELAND. 1969. *Personalidad, percepción del cuerpo y límites de la imagen corporal*. En *El precepto del cuerpo*, Wapner, S. y H. Werner, H. Editorial Paidós, Buenos Aires.
- FOUCAULT, M. 1994. *Hermenéutica del sujeto*. La piqueta, Madrid.
- LACAN, J., 1971. *El estado del espejo como formador de la función del yo tal como se revela en la experiencia psicoanalítica en Escritos*, Tomo I, Siglo XXI, México.
- LE BRETON, D., 1995. *Antropología del cuerpo y modernidad*. Nueva Visión, Buenos Aires.
- LIPOVETSKY, G., 1990. *El imperio de lo efímero*. Anagrama, Barcelona.
- MCKENA, T., 1993. *El manjar de los dioses*. Paidós, Barcelona.
- MCLUHAN, M., 1987. *El medio es el masaje: un inventario de efectos*, Paidós, Barcelona.
- MORIN, E., 1995. *Sociología*. Tecnos, Madrid.
- REMENTERÍA, I., 1997. *Economía política de las drogas en la década de los noventa: notas de síntesis en CEPAL (1997)*, Las Grietas de las drogas, Santiago de Chile.
- ROMANÍ, O., 1997. *Etnografía y drogas: Discursos y prácticas*. *Revista de Ciencias Sociales: Nueva Antropología* N° 52-53 (Número especial) COLMEX-UAM-Iztapalapa, Grupo Cultural S.A. de C.V., México.
- TURNER, B., 1989. *El cuerpo y la sociedad. exploraciones en teoría social*. F.C.E., México.